



MEMORIA MUNDI

ATALANTA

139



JOSEPH CAMPBELL

**EL HÉROE
DE LAS MIL CARAS**

TRADUCCIÓN
CARLOS JIMÉNEZ ARRIBAS



ATALANTA

2020

En cubierta: mascarón de mármol que
representa al dios Océano, Nápoles
En guardas: *Perseo con la cabeza de Medusa*,
Benvenuto Cellini, 1545

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o
transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento
de esta obra.



Todos los derechos reservados

Título original: *The Hero with a Thousand Faces*

© Joseph Campbell Foundation, 2008

© De la traducción: Carlos Jiménez Arribas

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34

atalantaweb.com

ISBN: 978-84-122130-0-3

Depósito Legal: GI 866-2020

Índice

Prefacio a la edición de 1949

15

Prólogo

El monomito

1. El mito y el sueño
19
2. La tragedia y la comedia
45
3. El héroe y el dios
50
4. El ombligo del mundo
63

Primera parte

La aventura del héroe

Capítulo I

La partida

1. La llamada a la aventura
73
2. La renuncia a la llamada
84
3. La ayuda sobrenatural
95

4. El cruce del primer umbral
106
5. El vientre de la ballena
120

Capítulo II

Iniciación

1. La senda de las pruebas
129
2. El encuentro con la diosa
143
3. La mujer como tentadora
157
4. La reconciliación con el padre
164
5. Apoteosis
194
6. La dádiva postrera
222

Capítulo III

El regreso

1. La renuncia al regreso
247
2. La huida mágica
251
3. El rescate desde fuera
263
4. El cruce del umbral de regreso
277
5. El amo de los dos mundos
290
6. La libertad para vivir
301

Capítulo IV

Las llaves

309

Segunda parte

El ciclo cosmogónico

Capítulo I

Emanaciones

1. De la psicología a la metafísica
319
2. El ciclo universal
325
3. A partir del vacío: el espacio
336
4. Dentro del espacio: la vida
339
5. Lo Uno y su fragmentación en lo múltiple
348
6. Cuentos populares sobre la creación
358

Capítulo II

El nacimiento virginal

1. La madre del universo
367
2. La matriz del destino
372
3. El vientre de la redención
379
4. Cuentos populares de vírgenes
que fueron madres
383

Capítulo III

Las transformaciones del héroe

1. El héroe primordial y el humano
387
2. La infancia del héroe humano
391
3. El héroe como guerrero
410
4. El héroe como amante
419
5. El héroe como emperador y tirano
423
6. El héroe como redentor del mundo
428
7. El héroe como santo
434
8. La partida del héroe
437

Capítulo IV

Disoluciones

1. El final del microcosmos
447
2. El final del macrocosmos
456

Epílogo

El mito y la sociedad

1. Lo proteico
465
2. La función del mito, el culto y la meditación
467
3. El héroe hoy
471

Agradecimientos

479

Notas

481

Bibliografía

519

Índice de ilustraciones

545

Índice onomástico

561

El héroe de las mil caras

A mi padre y a mi madre

Prefacio a la edición de 1949

«Las verdades que contienen las doctrinas religiosas aparecen tan deformadas y tan sistemáticamente disfrazadas», escribe Sigmund Freud,

que la inmensa mayoría de los hombres no puede reconocerlas como tales. Es lo mismo que cuando contamos a los niños que la cigüeña trae a los recién nacidos. También les decimos la verdad, disimulándola con un ropaje simbólico, pues sabemos lo que aquella gran ave significa. Pero el niño no lo sabe, se da cuenta únicamente de que se le oculta algo, se considera engañado, y ya sabemos que de esta temprana impresión nace, en muchos casos, una general desconfianza contra los mayores y una oposición hostil a ellos. Hemos llegado a la convicción de que es mejor prescindir de estas veladuras simbólicas de la verdad y no negar al niño el conocimiento de las circunstancias reales, en una medida proporcional a su nivel intelectual.¹

El propósito de este libro es descubrir algunas de las verdades que se presentan ante nosotros disfrazadas con las fi-

guras de la religión y la filosofía; para ello, se han reunido multitud de ejemplos relativamente sencillos de manera que el significado que tenían de antiguo salga por sí solo a la luz. Los viejos maestros bien sabían lo que decían. Cuando se aprende a leer de nuevo su lenguaje simbólico, basta el talento de un antólogo para que sus enseñanzas sean escuchadas. Pero primero hay que aprender la gramática de los símbolos, y no conozco mejor llave a nuestro alcance para abrir estos arcanos que el psicoanálisis. No aspira éste a ser la última palabra en el asunto, pero al menos sirve como acercamiento. El paso siguiente consistirá en reunir un sinfín de mitos y cuentos populares de todos los rincones del mundo, y dejar que los símbolos hablen por sí solos. Los paralelismos saldrán de inmediato a la luz, hasta conformar la vastedad de un relato –que sorprenderá por su constancia– de las verdades básicas que han regido la vida del ser humano en los miles de años que lleva habitando el planeta.

Se podría objetar que, al sacar a relucir las correspondencias, he pasado por alto lo que distingue a las diversas tradiciones orientales y occidentales, modernas, antiguas y primitivas. Idéntica objeción, no obstante, podría hacerse a los libros y atlas de anatomía, allí donde las variaciones fisiológicas propias de la raza quedan a un lado por el común interés del cuerpo humano y su cabal y general entendimiento. Desde luego que hay diferencias entre las numerosas mitologías y religiones de la humanidad, pero este libro trata de las similitudes, y una vez que éstas sean entendidas, saltará a la vista que las disparidades son mucho menores de lo que popular (y políticamente) se suele suponer. Albergó la esperanza de que una puesta en claro de tales similitudes contribuya a la causa, quizá no del todo perdida, de esas fuerzas que trabajan en el mundo actual en pos de la unificación, pero no en nombre de ningún imperio eclesiástico

ni político, sino en aras de la mutua comprensión entre los seres humanos. Según se nos dice en los *Veda*: «Una es la verdad, muchos los nombres con los que de ella hablan los sabios».²

Me gustaría dar las gracias a Henry Morton Robinson por la ayuda prestada en la ardua tarea de hacer que mis materiales fueran legibles, así como por sus consejos y su apoyo en los estadios iniciales y finales de la obra; a la señora de Peter Geiger [Sue Davidson Lowe] y a Margaret Wing y Helen McMaster, que leyeron el manuscrito muchas veces y aportaron inestimables sugerencias, y a mi mujer, que ha trabajado conmigo de principio a fin, escuchándome, leyendo el texto y revisándolo.

J. C.

Nueva York, 10 de junio de 1948



Fig. 1. *Medusa*. Mármol tallado, arte romano, Italia, s.f.

Prólogo

El monomito

1. El mito y el sueño

Quienquiera que oiga, entre distraído y distante, la ensoñadora algarabía de un curandero de ojos rojos en el Congo, o lea con cultivado arrebató alguna traducción libre vertida en sonetos del místico Laozi [Lao Tse]; quienquiera que rompa una y otra vez la dura cáscara de un argumento filosófico de santo Tomás de Aquino, o atrape al vuelo el sentido resplandeciente de un descabellado cuento de hadas inuit, se hallará siempre en presencia de la misma historia, proteica y aun así de una constancia maravillosa, que en contumaz desafío apunta a un fondo de experiencia latente que jamás será conocido ni contado.

Los mitos del ser humano, que han proliferado a lo largo y ancho del mundo habitado en todo tiempo y circunstancia, son la viva inspiración de cuanto ha surgido al hilo de los quehaceres del cuerpo y la mente. No exageraríamos si dijéramos que el mito es la secreta abertura por la que las energías inagotables del cosmos se vierten hasta cuajar en la manifestación cultural humana. Las religiones, las filosofías, las artes, las formas sociales del ser humano primitivo e

histórico, los descubrimientos más importantes de la ciencia y la tecnología, los mismos sueños que puntean nuestro descanso brotan como una erupción del anillo primordial y mágico del mito.

Lo que maravilla es esa capacidad del cuento infantil más nimio para rozar e inspirar los más hondos núcleos creativos, igual que el sabor del mar está contenido en una gota de agua o el misterio de la vida en el huevo de una pulga. Pues los símbolos de la mitología no se fabrican en serie; no se los puede ordenar, inventar ni erradicar de la faz de la Tierra. Los produce la psique de manera espontánea, y cada uno guarda en su interior, indemne, la fuerza germinal de sus orígenes.

¿Cuál es el secreto de la visión intemporal? ¿De qué profundidades de la mente deriva? ¿Por qué la mitología es por doquier la misma, bajo lo variegado de su atavío? ¿Y cuáles son sus enseñanzas?

Muchos científicos están contribuyendo a desentrañar este enigma. Los arqueólogos sondean las ruinas de Irak, Henan, Creta y Yucatán. Los etnólogos interrogan a los ostiacos del río Obi, a los bubis de Fernando Poo [actual Bioko]. Una generación de orientalistas ha logrado descifrar los escritos sagrados de Oriente, así como las fuentes prehebreas de nuestras propias Escrituras. Mientras tanto, otra legión de estudiosos, después de que las investigaciones en el terreno de la psicología popular empezaran en serio en el siglo XIX, lleva tiempo intentando establecer las bases psicológicas del lenguaje, el mito, la religión, el desarrollo artístico y los códigos morales.

Las revelaciones más extraordinarias, sin embargo, son las surgidas de los centros de salud mental. Los osados y sin duda memorables escritos de los psicoanalistas son indispensables para el estudio de la mitología. Con indepen-

dencia de lo que se piense sobre la interpretación de casos y problemas específicos, sujetos al detalle y en ocasiones contradictorios, Freud, Jung y sus seguidores han demostrado de un modo irrefutable que la lógica, los héroes y las gestas del mito han sobrevivido hasta la época contemporánea. En ausencia de una mitología general vigente, cada uno de nosotros tiene su propio panteón del sueño, tal vez rudimentario y no reconocido, pero secretamente vigoroso. La última encarnación de Edipo, el romance ininterrumpido de la Bella y la Bestia se encuentran esta tarde en el cruce de la Calle 42 con la Quinta Avenida, esperando a que el semáforo se ponga verde.

«Soñé», le escribió un joven estadounidense al autor de una columna que se publicaba simultáneamente en varios periódicos del país,

que estaba cambiando las tablillas del tejado. De repente me llamaba mi padre. Me di la vuelta para oírlo mejor, y al hacerlo se me escurrió de las manos el martillo, que cayó tejado abajo y desapareció por la pendiente. Oí un golpe seco y un cuerpo que impactaba en el suelo.

Bajé aterrorizado por la escalera. Allí estaba mi padre sin vida, tendido en el suelo y con la cabeza llena de sangre. Con el corazón partido, llamé a mi madre sin parar de llorar. Ella salió de casa y me abrazó. «No pasa nada, hijo, ha sido sin querer», dijo. «Sé que cuidarás de mí aunque él no esté.» Me dio un beso y entonces me desperté.

Soy el mayor de mis hermanos y tengo veintitrés años. Llevo un año separado de mi mujer porque, por algún motivo, no nos llevábamos bien. Amo a mis padres con toda mi alma y jamás he tenido ningún problema con mi padre, sólo que él insiste en que vuelva con mi mujer, pero yo con ella no soy feliz. Y nunca lo seré.¹



Fig. 2. *Viṣṇu soñando con el universo*. Piedra tallada, India, ca. 400-700.

El atribulado marido revela aquí, con un candor maravilloso, que en vez de volcar su energía espiritual en el amor y los problemas de su matrimonio, lo hace en lo primero y único en lo que se ha implicado emocionalmente en las cámaras secretas de su imaginación: el triángulo infantil del hijo enfrentado al padre por el amor de la madre, una situación dramática que ahora resulta anacrónica y ridícula. Al parecer, los rasgos más permanentes de la psique humana son aquellos que se deben a nuestro extenso período de lactancia, el más largo entre todos los animales. Los seres humanos nacen antes de tiempo: están inacabados, carecen de la preparación suficiente para enfrentarse al mundo. En consecuencia, toda defensa ante la plétora de peligros que nos rodea recae en la figura de la madre, bajo cuya protección se prolonga el período intrauterino.² Por eso es por lo que, una vez pasada la catástrofe que es el nacimiento, el hijo dependiente y la madre constituyen una unidad dual,

no sólo física sino también psicológica.³ Cualquier ausencia prolongada de la progenitora produce tensión en el niño, así como los consiguientes impulsos de agresión; igualmente, los obstáculos que la madre se ve obligada a ponerle desencadenan respuestas agresivas por su parte. Así pues, el primer objeto de la hostilidad del niño es idéntico al primer objeto de su amor, y su primer ideal (que en lo sucesivo queda fijado en la base inconsciente de todas las imágenes de arrobos, verdad, belleza y perfección) es el de la unidad dual de la Virgen con el Niño.⁴

El padre tiene la mala suerte de irrumpir, radicalmente y desde otro orden de realidad, en la bienaventurada paz que recrea en esta tierra la primorosa situación vivida en el útero, de ahí que en un primer momento se lo perciba como enemigo. Carga con el sambenito de agresor que antes correspondía a la madre «mala» o ausente, mientras que ella conserva (normalmente) el deseo asociado a la madre «buena», la que está presente, la que proporciona alimento y abrigo. Esta distribución aciaga e infantil de las pulsiones de muerte (*thanatos: destrudo*) y amor (*eros: libido*) subyace en los cimientos del ya celebrado complejo de Edipo, que Sigmund Freud señaló a principios del siglo xx como la causa principal de nuestro fracaso adulto a la hora de comportarnos como seres racionales. En palabras del propio Freud: «El rey Edipo, que ha matado a su padre y desposado a su madre, no es sino el cumplimiento de los deseos de nuestra infancia. Pero, más dichosos que él, desde entonces, si no nos hemos vuelto psiconeuróticos, hemos conseguido desviar de nuestras madres los propios impulsos sexuales, olvidar los celos de nuestros padres».^{5*} O, como ha escrito

* Se ha señalado que el padre también puede ser percibido como un protector, en cuyo caso la madre lo es como tentadora. Así es desde Edipo

el mismo autor: «Todas las perturbaciones morbosas de la vida sexual pueden considerarse justificadamente como inhibición del desarrollo». ⁶

Muchos ya entre los mortales han compartido el lecho con su madre también en sueños. Sin embargo, aquel para el que estas cosas nada valen, ése con absoluta facilidad lleva adelante su vida. ⁷

El infortunio que sufre la esposa cuyo amado alberga sentimientos que no han madurado, sino que todavía son presa de un romance pueril, lo podemos juzgar a la luz, en apariencia absurda, de otro sueño de nuestros días. Y aquí uno atisba que se adentra en el reino del antiguo mito, sólo que con un curioso desenlace.

«Soñé», escribió una mujer afligida,

que un enorme caballo blanco me seguía a todas partes. Me daba miedo y lo ahuyentaba. Eché la vista atrás para ver si aún me seguía, y había adquirido el aspecto de un hombre. Le dije que entrara en una barbería para que le afeitaran las crines, y eso hizo. Cuando salió parecía talmente un hombre, salvo que

hasta Hamlet. «Oh Dios, podría encerrarme en una cáscara de nuez y considerarme rey del espacio infinito, si no fuera porque tengo malos sueños» (William Shakespeare, *Hamlet* II, II [trad. esp. de José M.^a Valverde: *Hamlet. Macbeth*, Planeta, Barcelona, 2004, pág. 40]). «Todos los neuróticos», escribe Freud, «son o bien Edipo o bien Hamlet.»

Por lo que respecta al caso de la hija (que supone un grado más de complicación), el pasaje que sigue basta para ilustrarlo a vuelapluma: «Anoche soñé que mi padre le clavaba un cuchillo a mi madre en el corazón. Ella moría. Aunque yo sabía que nadie le echaba la culpa a papá por lo que había hecho, no podía dejar de llorar desconsoladamente. El sueño daba señales de cambiar, y me iba de viaje con mi papá, y estaba muy contenta». Es el sueño de una mujer soltera de veinticuatro años (Wood, *Dreams*, pág. 130).

tenía cascos y cara de caballo, y otra vez se puso a seguirme a todas partes. Se acercó a mí, y me desperté.

Soy una mujer casada de treinta y cinco años, con dos niños. Llevo ya catorce años de matrimonio, y estoy segura de que mi marido me es fiel.⁸

Lo inconsciente inunda la mente de todo tipo de vapores, seres extraños, terrores e imágenes engañosas, ya sea en sueños, a plena luz del día o en los estados de enajenación. El reino de lo humano, bajo esa pequeña morada tan pulcra que llamamos consciencia, abarca en el subsuelo insospechadas cuevas de Aladino. Allí tienen su sede no sólo las joyas sino también los peligrosos *jinn*:* la inconveniencia de unas capacidades psicológicas que se nos resisten y no nos hemos planteado integrar en nuestras vidas, o no nos hemos atrevido a hacerlo. Y quizá sigan allí sin que sospechemos su existencia, pero también puede ocurrir que una palabra oída por casualidad, el olor de la campiña, el sabor de una taza de té o una mirada pulsen un resorte mágico, y aparezcan en el cerebro peligrosos mensajeros. Peligrosos porque amenazan el tejido que hemos trenzado para nuestra propia seguridad y la de nuestra familia. Aunque ello no impide que ejerzan cierta fascinación diabólica, pues portan las llaves que abren para nosotros el reino de la tan deseada y a la vez tan temida aventura del descubrimiento del ser. La destrucción del mundo que nos hemos construido y en el que habitamos, y la de nosotros mismos en su seno, a lo que sin embargo sigue la fascinante reconstrucción de la vida humana vivida en plenitud, más osada, limpia y espaciosa: he ahí el señuelo, la promesa y el horror de estas visitas nocturnas tan inquietantes que recibimos desde el reino de lo mitológico que llevamos dentro.

* Sobre los *jinn*, véase la pág. 102. (*N. del T.*)

El psicoanálisis, la ciencia moderna de la interpretación de los sueños, nos ha enseñado a prestar atención a estas imágenes insustanciales. Además, ha hallado la manera de dejar que operen en nosotros. Permitimos que las peligrosas crisis del desarrollo personal se sometan al ojo protector de un iniciado en el acervo y el lenguaje de los sueños; alguien que ejerce el papel y el efecto del antiguo mistagogo o guía de las almas, el chamán que oficiaba de juez e iniciador en los antiguos santuarios forestales. El médico es el dueño y señor contemporáneo del reino mitológico, el conocedor de todas las palabras y caminos secretos de la potencia. Su papel es precisamente el del viejo sabio presente en los mitos y cuentos populares, cuyas palabras ayudan al héroe a superar los terrores y trabajos de la aventura fantástica. Es él quien aparece y señala el brillo de la espada mágica que matará al dragón del miedo, quien menciona la existencia de una novia que aguarda y de un castillo colmado de tesoros, quien sutura con su bálsamo las heridas que se dirían mortales y, por fin, libera al conquistador para que regrese al mundo de la vida de todos los días, tras la gran aventura que lo llevó noche adentro, rodeado de sortilegios.

Si ahora, con esta imagen en la cabeza, volvemos a considerar los extraños y numerosos rituales de los que se tiene noticia en las tribus primitivas y en las grandes civilizaciones antiguas, salta a la vista su propósito y efecto: guiar a la gente por esos umbrales de transformación que exigen cambios no sólo en las pautas de la vida consciente sino también en las de la vida inconsciente. Los llamados ritos de paso o de iniciación, que tanto espacio ocupan en la vida de la sociedad primitiva (las ceremonias del nacimiento, la asignación de un nombre, la pubertad, el matrimonio, el entierro, etcétera), se distinguen por llevar a la práctica, de manera formal, una serie de cortes a cercén que separan la mente de

las actitudes, apegos y pautas vitales que caracterizaban la etapa dejada atrás.* Sucede a continuación un intervalo más o menos extenso en el que intervienen los rituales del retiro, pensados para introducir al aventurero de la vida en las formas y los sentimientos propios de su nuevo estado. De tal manera que, cuando por fin el tiempo lo ha hecho madurar lo suficiente para su retorno al mundo de todos los días, es como si el iniciado hubiera renacido.⁹

Lo más sorprendente de todo es que gran parte de las pruebas e imágenes rituales se corresponden con las que aparecen automáticamente en el sueño en cuanto el paciente de psicoanálisis empieza a abandonar sus fijaciones infantiles y a progresar en el futuro. Entre los aborígenes de Australia, por ejemplo, uno de los rasgos más marcados de la orda-lía iniciática es el rito de la circuncisión, mediante el cual el hijo que alcanza la pubertad es arrancado de la madre e introducido en la sociedad y el saber secreto de los hombres.

Cuando están a punto de circuncidar a un muchacho de la tribu de los murngins, sus mayores y los ancianos le dicen: «El Gran Padre Serpiente huele tu prepucio; lo reclama a voces». Los chicos se lo creen a pies juntillas y son presa del temor. Por lo general, se refugian en brazos de la madre, de la madre de la madre o de cualquier otro miembro femenino de la familia, pues saben que los hombres están empeñados en llevarlos a su territorio, allí donde ruge la gran serpiente. El lamento de las mujeres por los chicos es de carácter ritual; sirve para evitar que la serpiente se los trague.¹⁰

* En este tipo de ceremonias, como en las del nacimiento y el entierro, los efectos que importan son, como es lógico, los que tienen sobre los deudos. Todos los ritos de iniciación están pensados para que afecten tanto al candidato como a todos los miembros de su entorno más próximo.

Obsérvese ahora una experiencia homóloga en lo inconsciente. «Un paciente tuvo el siguiente sueño», escribe C. G. Jung: «Una serpiente irrumpe desde una grieta y muerde al soñador en las partes genitales». Este sueño tuvo lugar en el momento en que el paciente empezaba a convenirse de la bondad del tratamiento psíquico y comenzaba a emanciparse de su complejo materno». ¹¹

La función primordial de la mitología y el rito ha sido siempre dotar de símbolos al avance del espíritu humano, para contrarrestar las fantasías humanas que constantemente lo retienen. De hecho, la alta incidencia de estados neuróticos entre nosotros tal vez sea consecuencia del declive que conoce en nuestros días una ayuda espiritual tan efectiva. Seguimos estando sujetos a las imágenes latentes de la infancia, por eso somos reacios a las transiciones necesarias en la edad adulta. En Estados Unidos incluso se observa cierto énfasis en el proceso inverso, dotado de gran patetismo: el objetivo es no hacerse mayor, conservarse joven; no madurar conforme nos alejamos de la Madre, sino aferrarnos a ella con uñas y dientes. Mientras los maridos rinden culto a los santuarios de la niñez y se convierten en los abogados, comerciantes o genios que sus padres querían que fueran, sus esposas siguen buscando el amor al cabo de quince años de matrimonio y tras haber traído al mundo y haber criado a dos primorosos hijos; un amor que sólo les proporcionarán centauros, silenos, sátiros y demás ícubos concupiscentes de la tropa de Pan, bien como en el segundo sueño expuesto anteriormente, bien como en nuestros templos populares cubiertos de merengue de la diosa Venus, debajo de esa capa de maquillaje que lucen en pantalla los héroes del momento.

Tiene que acudir el psicoanalista, al fin, para hacer valer de nuevo la contrastada sabiduría de las antiguas enseñanzas con miras al futuro que profesaban los chamanes danzantes

y los hechiceros rebanadores de prepucios. Y así hallamos, como en el sueño de la picadura de la serpiente, que el sempiterno simbolismo de la iniciación lo produce espontáneamente el propio paciente al liberarse. Por lo visto, estas imágenes de iniciación son hasta tal punto necesarias para la psique que, si no las encuentra fuera, en el ritual y el mito, habrá de anunciar su renovada presencia desde dentro, a través del sueño, para evitar que nuestras energías acaben en el fondo del mar, encerradas en el banal y trasnochado cuarto de los juguetes.

En sus escritos, Sigmund Freud hace hincapié en los tránsitos y dificultades que caracterizan la primera mitad del ciclo humano de la vida, los de la infancia y la adolescencia, cuando el sol remonta rumbo a su cénit. C. G. Jung, por su parte, ha llamado la atención sobre las crisis de la segunda mitad, cuando, si quiere avanzar, la reluciente esfera ha de avenirse a descender y desaparecer, al cabo, en la uterina noche de la tumba. En este atardecer de nuestra biografía, los símbolos habituales de nuestros miedos y deseos se convierten en sus opuestos, pues el desafío ya no es la vida sino la muerte. Lo que entonces cuesta dejar atrás no es el útero sino el falo, salvo que se haya apoderado del corazón el hastío de vivir, en cuyo caso será la muerte la que llame con la promesa de esa dicha que era antes el señuelo del amor. Cerramos el círculo, vamos de la tumba del útero al útero de la tumba: una incursión ambigua y enigmática en el mundo de la materia sólida que pronto ha de disolverse en lo que somos, cual la enjundia de los sueños. Y al mirar atrás, a lo que prometía ser nuestra propia aventura impredecible, exclusiva y llena de peligros, no hallamos al fin más que una serie de metamorfosis comunes, las mismas que han sufrido hombres y mujeres en todos los confines del planeta desde que el mundo es mundo, bajo toda guisa de civilización.

Se cuenta, por ejemplo, la historia del gran Minos, rey del imperio insular de Creta en la época de su supremacía comercial: de cómo contrató los servicios del célebre Dédalo, en calidad de arquitecto y escultor, para que le diseñara un laberinto en el que esconder lo que para la corte era motivo de sonrojo y temor. Pues en palacio había un monstruo, nacido de la reina Pasífae. Se decía que Minos, el rey, ocupaba su tiempo en batallas para defender las rutas comerciales y que, mientras él guerreaba, a Pasífae la había seducido un magnífico toro blanco como la nieve salido del mar. El caso no era sin embargo para tanto si se compara con lo que había consentido la propia madre de Minos, Europa: como era sabido por todos, fue llevada a Creta a lomos de un toro, nada menos que el dios Zeus, de cuya sagrada unión nació el mismísimo Minos, respetado por doquier y a quien todo el mundo servía con gusto. ¿Cómo iba a saber Pasífae que el fruto de su desliz sería un monstruo, esa criatura de cuerpo humano y cabeza y cola de toro?

La sociedad acusaba a la reina, pero el rey también tenía parte de culpa. Al toro en cuestión lo había mandado el dios Poseidón, tiempo ha, cuando Minos disputaba el trono a sus hermanos, después de declararse legítimo heredero por derecho divino y de rogarle al dios que le mandara un toro salido del mar, a modo de signo. La plegaria la selló con el voto de sacrificar el animal en el acto, como ofrenda y símbolo de su servicio al dios. El toro apareció y Minos ocupó el trono. Pero cuando vio la imponente planta de la bestia que le habían enviado, pensó en lo ventajoso de contar con un espécimen así entre sus posesiones y, con tino de buen mercader, decidió correr el riesgo de sustituirlo por otro, suponiendo que el dios no llegaría a darse cuenta. En el altar de Poseidón ofreció el mejor toro blanco que tenía y echó el otro a pastar con su rebaño.



Fig. 3. *Silenos y ménades*. Ánfora con figuras negras, arte helénico, Sicilia, ca. 500-450 a.C.

El imperio cretense había prosperado bajo la juiciosa autoridad de este ilustre legislador, un dechado de virtudes como gobernante. Cnosos, la capital, devino el centro, lujoso y elegante, de la primera potencia comercial del mundo civilizado. La flota cretense calaba en todas las islas y puertos del Mediterráneo; las mercancías de Creta eran apreciadas en Egipto y Babilonia. Sus aguerridos barquitos llegaron a atravesar las puertas de Hércules y salir al vasto océano, virar al norte costeano el perfil del continente y hacerse con el oro de Irlanda y el estaño de Cornualles,¹² y también al sur, bordeando el saliente de la costa senegalesa, hasta el remoto país de los yorubas y los lejanos mercados del marfil, el oro y los esclavos.¹³

Memoria mundi

Desde su aparición en 1949, *El héroe de las mil caras* ha influenciado a millones de lectores de todo el mundo, desde antropólogos y cineastas hasta escritores y artistas, con sus penetrantes aportaciones psicológicas basadas en una profunda y renovadora comprensión de la mitología comparada. A lo largo de este libro, Joseph Campbell nos va describiendo, paso a paso, el viaje iniciático del héroe –su partida, iniciación, culminación y regreso–, cuya aventura transformadora de la experiencia anímica humana recorre todas las tradiciones míticas, para terminar analizando el ciclo cosmogónico de creación y destrucción del mundo, en el que los dioses nacen y perecen cíclicamente en su ocaso, como una eterna repetición del devenir.

Tras ofrecernos una amplia comparación del simbolismo de ciertos sueños con el de las referencias mitológicas más dispares –desde Grecia, África o Polinesia hasta los cuentos de hadas tradicionales–, Campbell nos indica que, a causa de la progresiva racionalización de todo nuestro sistema de pensamiento, las imágenes simbólicas se han refugiado en su lugar de origen –lo inconsciente–, dejándonos desamparados frente a los dilemas que en otros tiempos resolvían los sistemas psicológicos del mito.

Como señala Campbell, «los viejos maestros bien sabían lo que decían», y una vez que hemos aprendido a leer su lenguaje simbólico a través de la psicología junguiana, se nos abre la puerta a todos sus misterios.

La presente edición ofrece una nueva y cuidada traducción del libro y añade un rico aporte iconográfico, facilitado por la Joseph Campbell Foundation, así como una completa bibliografía actualizada.

De Joseph Campbell, Atalanta ha publicado hasta el momento: *Imagen del mito* (2012), *Las extensiones interiores del espacio exterior* (2013), *Diosas* (2015), los cuatro volúmenes de *Las máscaras de Dios* (2017-2018) –*Mitología primitiva*, *Mitología oriental*, *Mitología occidental* y *Mitología creativa*–, *La historia del Grial* (2019), *Tú eres eso* (2019) y *El héroe de las mil caras* (2020).

